

No se atrevió el príncipe en vista de ella á incurrir en nuevas reconvenciones ni comprometer su persona y la seguridad de sus Estados, indisponiéndose con la Francia. El Papa mismo, cuya salud en aquellos momentos parecia algo menos vacilante, se resignó por fin á tan doloroso viaje. El sacrificio iba á consumarse: acababan de hacerse los preparativos para el tránsito; pero la Providencia, cuyos designios son impenetrables, tenia otras miras, y no era por lo tanto en Cerdeña donde el virtuoso Pontífice debía terminar su angustiosa carrera. Atacado repentinamente de una enfermedad muy grave, no tardó en llegar á las puertas del sepulcro, y durante un mes inspiró serios temores por su vida. El era únicamente quien, poco conmovido por el peligro que le amenazaba, parecia por el contrario hallar algún consuelo en morir sobre una tierra amiga y consagrada por decirlo así, á la Religión, en el seno de aquella Italia, cuya capital era la sede de la Iglesia, no lejos de la santa ciudad y del sepulcro de los primeros apóstoles de la fé. Su hora no habia llegado aún: Dios, que queria hacer de este virtuoso Pontífice uno de los mas ilustres mártires del Evangelio, le reservaba nuevos sufrimientos, y parecia complacerse en abrumarlo con las pruebas mas terribles, para hacer su corona mas hermosa y su triunfo mas brillante. Apenas recobró alguna fuerza para que se imaginasen que podia soportar el viaje, cuando le volvieron á amenazar con la Cerdeña; mas en los eternos decretos estaba decidido que no habia de ver aquella isla, cuya morada al lado de un rey y de una reina tan famosos por su piedad, hubiera ofrecido algún consuelo al venerable Pontífice. Al llegar el momento de emprender la marcha se opuso á ella el ministro de Francia; el mar de Toscana estaba entonces cubierto de buques ingleses, y no se tenia ganas de que cayera en sus manos un cautivo de tan alta importancia.

No sin complacencia hemos manifestado

las benévolas disposiciones de los ingleses respecto á Pio VI, pues con ellas estaba en relacion el desarrollo que la Religión católica tomaba en la Gran Bretaña, sobre todo desde que el clero francés habia llevado á aquel pais el ejemplo de sus virtudes, tan indignamente proscriptas. Mas no debemos contentarnos con indicar el progresivo decaimiento de las antiguas prevenciones de los protestantes ingleses; debemos dar tambien una detallada cuenta del estado de la Religión católica en el Reino Unido. La Irlanda, fuertemente adherida á la antigua Religión, se habia declarado contra las medidas de Enrique VIII y de sus sucesores. Esta adhesión al catolicismo vino á ser el carácter distintivo de los irlandeses y él triunfó de todas las revoluciones y de todos los obstáculos (1). La diferencia de religion fué como la gran línea de demarcación entre los dos pueblos, y el irlandés católico se encontró constantemente en oposicion con el inglés protestante. Cuanto mas se esforzaba este en comprimirle, tanto mas aquel noble sentimiento se exaltaba en él; de lo cual resultaron de tiempo en tiempo desórdenes y violencias. Asi es que en el año 1762 y siguientes se vieron bandos, conocidos con el nombre de *Mozos-blancos*, que excitaron tumultos, y cometieron desórdenes en varios condados. El gobierno inglés se creyó obligado á tomar severas medidas contra esas reuniones, en las que los principales católicos no tomaron parte alguna; pues fué cosa manifiesta que habian sido motivadas mas bien por amor al pillage, que por interés de la Religión.

Finalmente, el ministerio conoció la necesidad de mudar de sistema, de hacer menos pesado el yugo, y de restablecer á los católicos en una parte por lo menos de los derechos.

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, p. 324-332.

chos de que habian sido despojados. Revocáronse muchas disposiciones penales dadas antiguamente contra ellos, y se les dejó en el mismo pie que los protestantes relativamente al derecho de propiedad territorial. Mandóseles prestar un juramento, y en un principio las prevenciones existentes, y que en su origen habian sido harto fundadas, fueron causa de que muchos católicos se resistiesen á prestarle, temiendo que fuese un nuevo ardid del gobierno, del cual se creian autorizados á desconfiar. En esta ocasion fué cuando se dió á conocer un religioso católico irlandés, llamado el P. Arturo O'Leary, que estaba sirviendo una capilla en Cork, y publicó un escrito en favor del juramento. En un manifiesto á los católicos los exhortó á permanecer fieles al gobierno, que temia que la presencia de las escuadras combinadas de España y Francia en el canal de la Mancha diese lugar á alguna insurreccion. En 1784 hubo turbulencias en el condado de Cork. O'Leary levantó otra vez la voz recomendando el orden y la sumision. Lord Kenmare, católico, hizo esfuerzos para reprimir estos desórdenes, que no debian ser imputados solamente á los ortodoxos, supuesto que los sublevados maltrataron en algunas partes á los secuaces de la verdadera Religión, empleando violencias con algunos sacerdotes y religiosos, como se ve por las cartas de dos preladados católicos, el doctor Butler, arzobispo de Cashell, y lord Dumboynie, obispo de Cork.

Durante los años siguientes el gobierno inglés pareció confirmar su sistema de tolerancia y moderacion. En 1793 concedió á los católicos irlandeses el derecho de votar en las elecciones; pero no podian ser elegidos para el Parlamento, ni ocupar los empleos mas importantes. En 1795 fué nombrado lord-teniente de Irlanda el conde Fitz-William, y llegó á Dublin, teniendo, segun él mismo refiere, los poderes mas amplios para satisfacer todas las peticiones de los católicos. Estos habian concebido ya grandes esperanzas, cuando repen-

tinamente fué separado el conde Fitz-William.

Este golpe fué tanto mas sensible á los católicos, cuanto era mas inesperado; asi es que por todas partes se desarrolló con mas ímpetu la fermentacion, y todo contribuia á exaltar los ánimos. La revolucion que acababa de consumarse en Francia, era en aquel momento asunto de todas las conversaciones. Vista desde lejos, habia engañado á hombres mas ardientes que reflexivos. No se queria ver mas que el buen lado de los principios que la habian dirigido, y muchos se persuadian que habia exajeracion, y aun falsedad en lo que se decia de excesos y horrores que habian sido su consecuencia. Asi es que en Irlanda lo mismo que en otros paises de Europa se formó un partido de republicanos, al cual estaban prontos á unirse los ambiciosos, los hombres sin fortuna, y todos los que pensaban ganar algo con un cambio político. A este partido se procuró atraer á los católicos, aparentando defender sus derechos; pero no se entienda por eso que los promotores de la revolucion se tomaban interés por esta sagrada causa. La Religión les ocupaba mucho menos que la política, y lo ocurrido en Francia manifestaba que una revolucion efectuada conforme á ese modelo no podia convertirse en beneficio de los católicos. Si se habló, pues, tanto de los derechos de los de Irlanda, fué porque para sus nuevos proyectos tenian necesidad del pueblo, y para eso le ofrecian un cebo que le atrajese. Los dos puntos que se imaginaron mas á propósito para conseguirlo fueron la reforma en el nombramiento de diputados en el parlamento, y la emancipacion entera de los católicos. Estos eran los principios reconocidos de la sociedad que se hizo célebre con el nombre de *Sociedad de los Irlandeses unidos*. Fué instituida en 1794, y estaba presidida por un directorio compuesto de cinco individuos. Es posible que algunos no pensasen entonces mas que en la refor-

ma parlamentaria y en la emancipación de los católicos.

Los protestantes por su parte tampoco estaban tranquilos: muchos de ellos habían visto con disgusto las concesiones de 1793. Acostumbrados á gozar solos de todos los privilegios, no podían disimular su despecho al ver que los católicos volvían á recobrar algunos de ellos. Temían siempre que los católicos, que ya componían el mayor número, concluyesen por apoderarse de la autoridad, ocupar los puestos mas importantes, y querer recobrar los bienes que por medio de confiscaciones sucesivas se les habían ido arrebatando. Alarmárouse, pues, con las esperanzas de los católicos y formaron contra-asociaciones. Como la memoria de Guillermo III les ha sido siempre grata y lo consideran como su libertador, tomaron el nombre de *Orange-Men* ó *Orangistas* y enarbolaron con mas ardor que discernimiento los signos exteriores del partido. De aquí resultaron altercados y disputas que fueron muy vivas, particularmente en el condado de Armagh, donde de nada menos se trataba que de espulsar los católicos del condado y de la provincia. Los orangistas por de pronto no pretendían mas que apoderarse de sus armas, lo cual era ya una injusticia y una vía de hecho; mas bajo este pretexto cometieron, como siempre sucede, otros excesos. Pegaban fuego á las casas de los católicos, arrasaban sus propiedades y no respetaban tampoco sus personas. La fuerza llama á la fuerza. Los católicos atacados se unieron con el nombre de *Defenders*, tomaron á su vez las armas, saquearon las casas de los protestantes y se ligaron por medio de un juramento: enconáronse por una y otra parte, y en las luchas que se trabaron hubo muchas víctimas (1).

El gobierno tardó en fijar su atención en

(1) *Mem. para la Hist. Ecles. durante el siglo XVIII*, t. 3 p. 333-338.

estas turbulencias. Se dió un decreto contra las asambleas sediciosas y los juramentos ilícitos. Muchos *defenders* fueron presos y sentenciados. Pero estas medidas no hicieron mas que irritar á los católicos. Lamentábanse, y con razon, de que en tanto que á ellos se les castigaba rigurosamente, se dejaba campo libre á sus adversarios.

Colocados entre el partido protestante que los saqueaba y entre el gobierno inglés que los castigaba, estrecharon los lazos de su asociación y organizaron un sistema militar. Emisarios de la sociedad de los *Irlandeses unidos*, corrían por las provincias provocando los habitantes á tomar las armas. Además de los ordinarios motivos que ponían en juego para animar á los católicos, se valieron de otros en los condados donde los ánimos no se hallaban tan dispuestos á abrazar su causa. Aquí no hablaban mas que de la reforma parlamentaria y de la emancipación de los católicos: allí decían que los protestantes habían formado una liga para esterminar á todos los católicos y que habían jurado bañarse en su sangre. De este modo inflamaron los ánimos, y el fuego que habia estado limitado á una parte de Irlanda, se fué poco á poco estendiendo á casi todo el reino. Tal era el estado de las cosas en 1795 y 1796.

Por ese mismo tiempo fué cuando se estableció una correspondencia entre la sociedad de los *Irlandeses unidos* y el gobierno de Francia. Una escuadra francesa se dirigió hácia Irlanda; pero durante el poco tiempo que permaneció á la vista de la costa de este país, no se manifestó en él ninguna disposición á la rebelión. Por el contrario, según informe del lord-teniente de Irlanda, todos los habitantes rivalizaron en celo. Sobre todo mereció elogios el doctor Moylan, obispo católico de Cork, que habia publicado un manifiesto para obligar á los de su comunión á permanecer fieles al gobierno establecido. Lord Kenmare, católico, ayudó con todos su

poder á los gefes de canton, y el conde Ormond solicitó un puesto en la milicia. Mucho faltaba; pues, para que todos los católicos hubiesen tomado parte en los proyectos de los *Irlandeses unidos*. Los mas ilustrados desconfiaban de las intenciones de la sociedad y sospechaban que en todo se ocupaba menos en Religion. Estas sospechas acabaron de confirmarse, cuando se supo que estaba de inteligencia con el Directorio francés; porque ¿quién habia de pensar que este protegiera sinceramente el catolicismo en Irlanda, cuando con tanto afán lo perseguía en Francia?

El mal resultado de la expedición intentada por los franceses no desalentó á la sociedad de los *Irlandeses unidos*: antes por el contrario, estos redoblaron su ardor, prosiguiendo vigorosamente su sistema militar, organizando compañías nombrando oficiales, y aliándose mas estrechamente con el Directorio francés. La isla era diariamente teatro de todo género de excesos. Expediciones nocturnas, robos, y asesinatos anunciaban el espíritu de venganza de los descontentos. Declamaban altamente contra el gobierno, y en realidad, las mas de las veces les sobraba razon para quejarse: cometióronse grandes injusticias y se consumaron violencias y tropelías inescusables. Bien se deban atribuir al ministerio inglés, ó bien á la influencia de agentes subalternos, ellas contribuyeron á irritar mas los ánimos, y las revelaciones hechas sobre este particular en los debates del parlamento de Irlanda resonaron en todo el reino. Los *Irlandeses unidos* derramaron con profusión libelos sediciosos, ó hicieron particularmente circular las obras de Tomás Payne, de las cuales la titulada *Edad de la razon* logró seducir á los crédulos é ignorantes. Todo contribuía á que se propagaran por Irlanda los gérmenes de la revolucion: los hombres menos religiosos eran atraídos por diatribas contra los sacerdotes y contra toda creencia en general, y á los católicos se les

engañaba con el interés que al parecer se tomaba por su suerte. Al pueblo se le halagaba con la esperanza de la abolición de diezmos, y á los ricos se les ponían en perspectiva altos puestos. A los que profesaban afecto á la constitucion establecida, no se hablaba mas que de reforma parlamentaria, y á los demás se les confiaba el proyecto de un trastorno general que les proporcionaria favor ó riquezas: por manera que no habia pasion que dejara de ser puesta en juego.

Sin embargo, el secreto, aunque cuidadosamente oculto, iba traspirando poco á poco. El gobierno inglés se apoderó en Belfast el 14 de abril de 1797 de documentos que le ilustraron acerca de la existencia y proyectos de la sociedad de los *Irlandeses unidos*: en su consecuencia, tomó medidas, distribuyó tropas, se apoderó de depósitos de armas, y mandó dar tormento á algunos individuos para arrancar su confesion. Una proclama del 17 de mayo hace la pintura mas desconsoladora de la situacion de Irlanda: á cada paso se verificaban asambleas sediciosas; habia levantamientos parciales por todas partes, y sin ningun pretexto durante la noche se cometían tropelías y asesinatos hasta sobre habitantes de conducta enteramente inofensiva. Por dos distintas veces intentaron durante el año 1797 producir una revolucion general. A principios de 1798, los descontentos resolvieron arrojarse á un golpe desesperado. Los levantamientos nocturnos se repitieron con mas frecuencia. El terror era general, y los habitantes pacíficos huyeron precipitadamente de las aldeas para guarecerse en las ciudades. El gobierno redobló su actividad; prohibió los periódicos afectos á la sociedad, y prendió á muchos de los individuos del Directorio irlandés. Los descontentos nombraron otro, que no tardó en seguir la suerte del primero. Entonces se aventuraron á provocar un levantamiento general, que quedó indicado para el 23 de mayo

de 1798. La insurrección había de estallar en Dublin, y manifestarse al mismo tiempo en Cork y en algunos otros puntos; pero el gobierno inglés tuvo conocimiento de este plan e impidió su ejecución. Los *Irlandeses unidos*, viéndose sin esperanza de poder intentar nada sobre la capital, se vengaron en otras partes, formaron varios grupos, y dirigieron particularmente sus esfuerzos sobre los condados de Wicklow y de Wexford al sur de Dublin. En estas circunstancias y cuando nada se sabía de las consecuencias que podría traer la insurrección, fué cuando los principales católicos de Irlanda manifestaron paladinamente su adhesión al orden establecido. Los obispos de esta comunión, los lores, caballeros y demás personas distinguidas de la misma creencia, firmaron el 22 de mayo de 1798 un manifiesto á sus compatriotas y correligionarios que habían tomado parte en la revolución. Los signatarios les representaban en este documento que, sin incurrir en un crimen, no podían faltar á la fidelidad debida al soberano; que la Religión á que se gloriaban de pertenecer reprobaba la violación de sus juramentos, y que su propio interés les aconsejaba que se sometieran. «Si se trata de la causa de la fé católica, decían, ¿de quién debe ser mejor conocida y mas amada? ¿de unos hombres sin experiencia, sin instrucción, perdidos y desesperados, ó de los principales individuos de esta comunión, de los obispos, de los gefes de las familias antiguas y de los que desde hace muchos siglos renuncian á todas las seducciones del mundo antes que perder su fé? (1).» Advertíanles que la caída del clero y la ruina de la Religión seguirían inmediatamente al triunfo de sus esfuerzos, y que por lo tocante á ellos, estando como estaban deter-

1) *Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 338-344.

minados á perecer con el gobierno establecido, querían salvar sus nombres y la Religión que profesaban del oprobio que recaería sobre esta y aquellos, si al parecer daban su consentimiento á una defección tan culpable y contraria al espíritu del cristianismo. Este manifiesto llevaba la firma de los cuatro arzobispos católicos de Irlanda, de los veinte y dos obispos, de muchos lores, etc. Así es, que lejos de tomar parte en las ilusiones y desaciertos de sus compatriotas, estos gefes del clero y de la nobleza honraban su creencia, permaneciendo adictos al orden establecido.

Sin embargo, los insurgentes se apoderaron de Wexford, cometiendo, durante las tres semanas que la ocuparon, muchas crueldades. Los escritores protestantes elogian altamente al clero católico de esta ciudad. El doctor Caulfield, obispo de Leighlin y Ferns, el P. Curran y el P. Bore, en una palabra, todos los sacerdotes y religiosos de la ciudad no emplearon su influjo mas que para impedir los excesos á que el pueblo se deja llevar en tiempo de turbulencias, y que eran tanto mas difíciles de contener cuanto los insurgentes carecían absolutamente de disciplina, si bien sus súplicas no siempre fueron oídas entre el tumulto de las armas y el furor de los partidos. Puede creerse tambien que los caudillos de los sediciosos, por muy enemigos que fuesen de todo establecimiento religioso, se valieron del pretexto de la diferencia de religión para autorizar los asesinatos y satisfacer sus venganzas. Sin duda se imaginaron que dejando cometer á sus tropas tantos atentados, las asegurarían enteramente para su partido, y les quitarían toda esperanza de perdón. No distinguiremos que algunos sacerdotes católicos de Irlanda fueron acusados de haber seguido una conducta diferente de la del clero de Wexford. Eduardo Murphy, por ejemplo, contribuyó con sus fanáticas exhortaciones á exaltar los ánimos; pero la generalidad del clero permaneció ajena á estos desórdenes.

Los rebeldes no pudieron defenderse mucho tiempo contra las tropas regimentadas. Un partido que se había formado en el norte fué enteramente derrotado en 12 de junio, y en 21 del mismo sufrieron un completo descalabro los insurgentes de Wexford. Toda la parte oeste de la isla permanecía tranquila. En 20 de junio llegó á Dublin el marqués Cornwallis en calidad de nuevo lugar-teniente del reino; é inmediatamente anunció medidas de moderación y prometió indulto para lo pasado. Cesaron los enjuiciamientos militares y las ejecuciones, y este sistema produjo buenos resultados. Muchos gefes confesaron sus proyectos, revelando entre otras cosas que nada menos se habían propuesto que separar la Irlanda de la Inglaterra y formar una república democrática en la que no se hubiera permitido ningun establecimiento religioso. Por manera, que la reforma parlamentaria y la emancipación católica no eran mas que un pretexto. La extinción de las categorías sociales y la confiscación de las propiedades estaban decididas, y este doble objeto veíase harto anunciado en las primeras medidas de los revolucionarios. Así es que todos los amigos del orden conocieron que era necesario apoyar á la autoridad; con lo cual y con la discreta conducta del lord Cornwallis acabó de disiparse la revolución. Todos los excesos quedaron reprimidos sin tener en cuenta á qué partido había que achacarlos. Algunos exagerados partidarios de la causa inglesa y algunos protestantes fanáticos gritaron contra esta imparcialidad, á que los irlandeses no estaban muy acostumbrados. Tacharon de debilidad la prudencia del lord-teniente; mas él despreció estas murmuraciones y prosiguió su sistema. Los diferentes cuerpos de los insurrectos se sometieron ó dispersaron unos en pos de otros; aprovecharonse de la amnistía, y la nube que amenazaba á la Irlanda se disipó, siendo condenados á destierro los principales cabecillas de la insur-

rección. Si aun quedó en el país alguna fermentación y descontento no fué ciertamente entre los católicos, que ya habían aprendido demasiado á desconfiar de las sugerencias de los agitadores. El partido popular y el republicano fueron los únicos que persistieron tenaces en la oposición. Holt, que intentó organizar en el Wicklow una guerra parecida á la de la Vendée, tuvo que capitular. Solo de tiempo en tiempo volvieron á reproducirse algunas intentonas aisladas. Por último, según lo hemos explicado ya anteriormente, la Inglaterra se vió tambien acosada de algunas turbulencias, y un partido numeroso trabajó en producir una revolución. Pero este partido, enteramente entregado á los principios democráticos y republicanos, no contaba con católicos en su seno, componiase todo de amigos de la revolución francesa. Estos organizaron sociedades secretas, se pusieron en relación con el Directorio de Francia y sostuvieron larga correspondencia dentro y fuera de reino. Entre otros formóse en Hamburgo un comité compuesto de republicanos de todos los países, ingleses, alemanes, franceses etc. y en él se proponía la reforma de todos los Estados y la propagación de los principios revolucionarios.

Debemos advertir que un irlandés, sir Ricardo Musgrave, en sus *Memorias históricas* sobre la insurrección de 1798, la atribuye casi enteramente á los católicos. El obispo de Leighlin refutó esta opinión en un discurso, cuyo tono de moderación contrasta con la virulencia de las invectivas del otro, que tuvo el disgusto de ver criticada su obra hasta de los mismos protestantes; pues el marqués de Cornwallis, á quien él había dedicado su trabajo, le escribió mandándole suprimir la dedicatoria, diciéndole que no quería autorizar con su nombre un libro destinado á exasperar los ánimos. El informe del comité de la Cámara de los Comunes de Irlanda dice formalmente que el verdadero objeto de la in-